

CAPITULO XVI.

Agresion de Lope contra D. Juan, en la "Trecena parte" de sus comedias.—"Los Corcovados," entremés famoso de un hijo de Sevilla.—Sañuda venganza de Alarcon.—"Los Pechos privilegiados."—Asesinato de Baltasar Elisio de Medinilla, en Toledo.

1620

No se puede exigir mayor templanza del jorobado, habiendo ya cuatro meses que andaba por las anteceras de los magnates y por los cestos de labor de dueñas y doncellas un libro donde el Fénix de los ingenios, roto el freno de la vanidad y la ira, se desató contra ALARCON, mostrándole que sabia tirar la piedra y no esconder la mano. Este libro es la *Trecena parte de las comedias de Lope de Vega Carpio, procurador fiscal de la Cámara Apostólica en el arzobispado de Toledo. Dirigidas, cada una de por sí, á diferentes personas.* (429)

Los Españoles en Flándes, última comedia

entre las doce que forman el tomo, va enderezada á Cristóbal Ferreira de Sanpayo; y Lope, siguiendo el ruin camino del maldiciente Figueroa, cuyos diálogos del *Pasajero* tuvo siempre sobre la mesa al hablar del indiano pálido y flaco (aun para encomiarle en *El Laurel de Apolo*), firma de su puño esta dedicatoria, ó mejor dicho, indigno tropel de injurias. «Cuánto (dice) nos debemos guardar de *los que señaló la naturaleza*, nos muestran varios ejemplos y la experiencia. Las partes por quien se conoce el ingenio, están delineadas de la naturaleza en el rostro; y así la *invidia* y los demás vicios. Generalmente se ha de tener que los miembros que están en su proporcion natural, cuanto á la figura, color, cantidad, sitio y movimiento, señalan buena complexion natural y buen juicio; y los que no tienen debida proporcion y las demás referidas partes, *que la tienen perversa y mala*. Por eso decia Platon que *cualquier semejanza de animal* que habia en los hombres, tales eran las costumbres que imitaban. Creo que vuestra merced habrá ya juzgado mi queja, si es justo tenerla, por esta parte, de algunos hombres, cuya inclinacion no he podido vencer, ni ellos se pueden vencer á si mismos. Hay poetas *ranas en la figura y en el estrépito*; y sin éstos, otros muchos de diversas formas, que por haber-

los pintado en una carta mia, que anda impresa con mis *Rimas*, no quiero reiterarlos ni referirlos. Aristóteles, en la *Historia de los animales*, dice que son las *ranas de las lagunas*, enemigas de las abejas; y, como los buenos poetas se entienden por ellas, en razon que de diversas flores forman aquel licor suave, viéneles bien el título. Sin esto, á los *gibosos* pinta el mismo filósofo con mal aliento; y da por causa que, intercluso, se pudre: porque, desacomodado el lugar del pulmon, y deflexo, no puede expeditamente transmitirle. Pues *mal aliento*, claro está que ha de inficionar cuanto tocara hablando. Es cosa ordinaria de tales hombres (si hombres se han de llamar) *la soberbia y el desprecio*. Guardaba un cristiano viejo el monumento un Juéves Santo; y acercándose á él un hombre que tenia fama de judío, dióle un golpe con la alabarda, y quejándose al cura, y él riniéndole, respondió: «Señor licenciado, ó guardamos ó no guardamos.» Así yo tal vez respondo: «O sentimos ó no sentimos, ó somos ó no somos.» Tengan por cierto los *invidiosos* que han de tener su golpe de cuando en cuando, y más si tienen por qué no llegar al monumento. Y tiniendo yo el amparo y defensa de vuestra merced y de su único y raro entendimiento, dedico, pues, á vuestra merced esta comedia, intitulada *Los*

Españoles en Flándes, y justamente, pues por caballero le tocan las armas, y por tan gran estudiante y de tanta erudicion las buenas letras, para que me honre y defienda de todo *escritor malicioso*, y de los *correctores de ajenos vicios y solapadores de los suyos propios*, cuyos libros no se venden; porque ellos venden en ellos á cuantos tratan.» (430)

Bien pudiera haber replicado ALARCON á lo de que, *intercluso* el aliento, se pudre; bien pudiera, oponiendo algo semejante á la empresa XXXV de Saavedra Fajardo, que ostenta el lema de *Interclusa respirat*: «Cuanto más oprimido el aire en el clarín, sale con mayor armonia y diferencia de voces. Así sucede con la virtud, la cual nunca más clara y sonora que cuando la mano le quiere cerrar los puntos.» Obsérvase frecuentemente en los contrahechos que el mérito que perdió la materia, suele granjearlo el espíritu, sin duda «porque las estrellas resplandecen más cuando es más oscura la noche.»

Pero de que al fin se decidiese á contestar fiera é inconsideradamente al ofensor el ofendido, fué causa un entremés baladí, que muchas tardes arrancó palmadas estrepitosísimas en el teatro.

Representáronle Pedro de Valdés y Miguel

Ramírez: parecía escrito por lisonjeros de Lope, aunque el autor no dió la cara; y en los carteles se anunció de esta suerte: «*Los Corcovados*, entremés famoso de un hijo de Sevilla.» (431)

Salía Ramírez trinando contra el ciego amor y la femenil inconstancia, viéndose ántes correspondido y ahora celoso y á punto de matarse.

VALDÉS.

De manera
Vuestras voces me han turbado,
Que vengo á ver las quimeras
Que os sacan de vuestro seso.
¿Qué teneis, Ramírez?

RAMÍREZ.

Penas,
Desasosiegos, traiciones,
Maldades, ansias, cautelas:
Celos tengo, tengo celos.

VALDÉS.

¿De Teresa?

RAMÍREZ.

De Teresa.

VALDÉS.

¿Agora lo sentís tanto?

RAMÍREZ.

Agora es mayor mi afrenta.

VALDÉS.

¿Por qué?

RAMÍREZ.

Porque á un corcovado
Quiere, por quien me desecha.

VALDÉS.

Esa es gran bellaquería.

RAMÍREZ.

No fuera tanta mi afrenta
Si quisiera á un tuerto, á un manco,
A un calvo con dos muletas,
A un alza-figura, á un hombre
Que siempre calza chinelas;
Pero ¡á un corcovado! Estoy....
Y no es así como quiera,
Que aun no es cargado de espaldas;
Porque es de una castañeta
Partida el medioendiablado,
Y de dos sartenes negras
Alma, que iguales balanzas
Un peso de carne pesan.
Estoy loco, estoy corrido.

VALDÉS.

Si tú la venganza dejas
A mi ingenio, verás cosas
Nunca vistas.

Finge Valdés, para disponer su venganza, que

Un comisario vino de la corte
Con una provision, para que todos

Los corcovados saque destos reinos,
Que dicen que han querido levantarse;

y se afirma en la real provision que habian convocado en su ayuda á los cargados de espaldas, metidos de hombros y pequeños de cuerpo. El comisario prende al jorobado Juanico; y su madre, Marina (que no es la célebre Marina de Hernan Cortés, aunque el hijo pueda ser el mexicano), se echa desalada á los piés del Alcalde, pidiéndole favor:

¡Ay, señor! que me llevan á Juanico,
El gracioso, el hermoso, el angelico;

y pondera que es muy llano y cortés, y que no tuvo jamás ningun tropezon, ni en su vida se metió con las ajenas:

ALCALDE.

¡Oh! siempre está diciendo: «¡No sé nada!»

MARINA.

No es porque le pari; mas le aseguro
Que es la misma virtud.

ALCALDE.

Yo te lo juro;

Y tiene obligacion.

MARINA.

¿Por qué?

ALCALDE.

Le vemos,
Cual la virtud, en medio dos extremos;
Aunque guarda tambien un corcovado
Malicias en su cofre mal tumbado.

El Alcalde se presta á cumplir la real provision, pero trata de ablandar el pecho del comisario en favor de Juanico:

Ahora, señor, por mi amistad os ruego,
Que el hijo desta dueña plañidera
Se le dejeis, por esta vez siquiera;
Que aquí dirémos, porque el mozo viva,
Que la barriga se le subió arriba.

VALDÉS.

¿Y el bulto de detrás?

ALCALDE.

¡Oh, don grosero!
Pantorrillas ó nalgas, majadero.
Olvidad, por mi vida, para casta,
Este último besugo de banasta.

RAMÍREZ.

El primero ha de ir.

ALCALDE.

¡Bravo despecho!
¿Estas dos peruleras qué te han hecho?
Don Juan Ruiz de Alarcon.—41

RAMÍREZ.

Por él cierta traidora me aborrece,
Y más que á mí le estima y favorece.
¿No valgo mucho más?

VALDÉS.

¡Oh, ya lo creo!

ALCALDE.

¡Si siempre se enamoran del más feo!

RAMÍREZ.

Si me dejára por un necio, ¡vaya!
Por un toma-tabaco, un melindroso;
Mas ¡por un corcovado!.... Estoy rabioso.

Muestran Juanico y otro lisiado sus ridículas figuras; y el Alcalde, viendo que el comisario no perdona á su defendido, pide al cielo que venga sobre estos reinos un diluvio de corcovados. Valdés y Ramírez se aterran con la maldición, y dejan en libertad al jiboso; el cual, y su camarada, concluyen con un

BAILE.

Todo humano se aperciba;
Que se quedan en España
Los enanos pechicortos,
Los cojos de las espaldas.
Todo viviente se guarde,
No toquen en su desgracia;

Que como unos matan de ojo,
Otros de corcovas matan.
Valientes son de deseos;
Pero en las obras se engañan,
Porque de una alma en cuclillas
¿Qué valentías se aguardan?
Mas, con todo, Dios nos libre,
Que riñen con dobles armas:
Porque son su espalda y pecho
Punzon, uno; otro, almarada.
Ya en España se quedan
Los corcovados,
Porque no vivan solos
Zurdos y calvos.

La malicia y chacota de la piececilla entremesil estuvieron en la figura, gestos y ademanes del cómico encargado de representar al contrahecho Juanico.

DON JUAN consideró que no le habia de estar bien á quien pretendia gobiernos y togas cruzar de una cuchillada el rostro del bufo insolente y desvergonzado; que todo era obra de un monstruo de muchos brazos y una sola cabeza, y se resolvió á dar en ella donde más le doliese, hiriendo por los mismos filos.

Veíase en aquella sazon afanadísimo, terminando á toda prisa una comedia, para él de sumo empeño, donde resaltarán sus vastos conocimientos morales y políticos, llenos de vida por elocucion incomparable, á fin de obligar con es-

te drama á persona de quien se prometia (como logro feliz de todos sus afanes) el honroso puesto en Indias que tanto codiciaba. La tal persona era el licenciado Hernando de Villagómez, consejero de Indias, el más influyente, aquel que, en Abril de 1612, unido á los licenciados Ramírez de Arellano y Molina, del Consejo Real, ordenó las capitulaciones y escrituras de los famosos casamientos del príncipe Don Felipe con Isabel de Borbon, y de la infanta Ana Mauricia de Austria con el rey de Francia Luis XIII. La comedia llevaba por nombre *Los Pechos privilegiados*. (432)

Tertulio del Consejero nuestro ALARCON, le oyó una noche hablar de la preeminencia notable que tenia la casa de Villagómez, donde las amas que criaban á sus pechos á niños varones de tan ilustre familia, por esto solo quedaban privilegiadas con título de nobleza. Discurrióse largamente sobre el origen de tamaña distincion: dijose haberla otorgado el rey D. Alfonso V, el que murió sobre Viseo; y un cronista presente, linda pieza, adulator de molde y con licencia real, contó el cómo y el cuándo, con tales señas, tilde y circunstancias, que no parecia sino que fué testigo del suceso. Niño y huérfano el rey Don Alfonso V, lo criaron en Galicia el Conde Melendo González y su mujer Doña Mayor, los cuales tenian una hija, llamada Elvira; y atentos

á que no saliera de casa el que ya estaba dentro de ella, dispusieronlo de suerte que ambas criaturas se amaron y llegaron á compartir felices el tálamo y el trono. De este hecho verdadero, y del singular privilegio de la casa de Villagómez (raro en verdad, y que debió nacer de muy grande hazaña), tomó pié ALARCON para su linda comedia.

Supone que de D.^a Elvira enamorado el jóven príncipe, y resuelto de hacerla su dama y no su esposa, busca para tercero á un infanzon leonés, llamado Rodrigo de Villagómez, el cual ama lealmente á otra de las hijas del Conde. Rodrigo se niega, pierde el valimiento con el Monarca y es blanco de su persecucion y odio. Cuando el Rey va á dar aleve muerte al noble caballero, una membruda montañesa de Leon, de heróico y hazañoso carácter, nodriza que fué de Villagómez, salva atrevidamente á aquel que mira como hijo. Pide el Rey de Navarra la mano de Elvira; Alfonso, por no verla de otro, se casa con ella, conoce la hidalguía del infanzon leonés y le restituye á su gracia.

En ninguno de los dramas alarconianos hay mayor tesoro de experiencia, pensamientos más elevados, sentencias más profundas, estilo más correcto y elegante, aun cuando el plan y disposicion de la fábula sean harto defectuosos.

¡Qué idea tan elevada tuvo ALARCON de cómo ha de ser el Rey, y de cómo el vasallo leal! Aquel, la inmaculada imagen de Dios sobre la tierra; éste, la personificación hermosa del respeto, de la abnegación, de la noble y digna altivez. Cuando el príncipe amengua su resplandor, igualándose por la pasión desordenada con el vasallo, se levanta el vasallo y crece hasta la sublimidad del profeta, no que del filósofo declamador, para enardecer á su dueño y reponerle sumiso en la espléndida cumbre de la virtud, desde donde el Rey se ha de mostrar ejemplo á todos.

Si Alfonso V busca para tercero de ilícito amor á Rodrigo de Villagómez, éste le contestará:

¿Y en tan poca estimación
Os tengo yo, que debía
Presumir que en vos cabía
Injusta imaginación?
¿Y en tan poco me estimáis,
Y me estimo yo, que crea
Que para una cosa fea
Valeros de mí queráis?

Si indignado el Monarca le arroja de su valimiento, duélese el fiel servidor; pero se recobra pronto, satisfecho de sí mismo por haber cumplido como bueno:

¿Esto es servir? ¿Estos son
Los premios de la fineza,
Los fines de la grandeza,
Los frutos de la ambición?...
Pues no, no perdáis, honor,
La alabanza más segura:
Que ser privado es ventura;
No quererlo ser, valor.

¿Cómo faltar un hombre indigno que le reemplace? Con él logra una noche penetrar el Monarca en la cámara de Elvira, la hija del conde Melendo; la cual grita, pidiendo socorro. Acude con sus criados el Conde, espada en mano, acomete al rebozado seductor, sin conocerle, y entonces el Rey se descubre:

ALFONSO.

Teneos

Al Rey.

CONDE.

¿Al Rey?

ALFONSO.

Sí.

CONDE.

El Rey sois;

Aunque no lo parecéis.

Rasgó digno del trágico más grande.

Desnaturalizase el Conde, rompe el vasallaje de Alfonso y retirase á Valmadrigal, donde le